

»tantos frutos? Destruiré mis antiguos graneros y los ensancharé para juntar en ellos todos mis frutos y bienes.» Y diré á mi alma: «Alma mia, muchos bienes tienes allegados para muchos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.» Hé aquí, amados míos, un hombre que ha encontrado su felicidad; al parecer, se halla contento, y todo le sonríe. ¡Qué porvenir tan halagüeño! ¡Cuántos placeres se promete! ¡Pero palabras llenas de locura! exclama San Basilio. ¡Qué otro lenguaje pudiera ser el tuyo si tuvieses alma de animal inmundo? ¿Son tus sentimientos tan brutales, que no pienses sino en los bienes del cuerpo, olvidándote de los del alma? ¡Ah! Si aún estuviese cierto el impío de que podía gozar seguro por algun tiempo de esta dicha que pretende buscar en las riquezas, podría disimularsele su estúpida locura; mas no sucede así, dice el mismo Salvador. Al mismo tiempo que el rico está formando proyectos de felicidad futura, una voz celestial viene á turbar su espíritu, derribando en un instante los castillos fabricados en el aire: «Necio, le dice; esta noche vas á morir. ¿Para quién será lo que has allegado?»

Raciocinemos, pues, para nuestra propia utilidad; siendo la gran familia humana pobre por naturaleza, y no habiendo sino un cortísimo número de hombres que puedan llamarse ricos, no puede consistir la felicidad temporal del hombre en las riquezas, mucho ménos cuando aquellos que las poseen jamás encuentran en su posesion el cumplimiento de todos sus deseos. Esta es una verdad más clara que la luz del mediodía, y en presencia de ella erigid un tribunal, ¡oh hombres que ciegamente vais tras del oro y las riquezas, hombres que constituís vuestra dicha en los goces materiales que las riquezas proporcionan! levantad un proceso contra vuestro Criador, acusadlo de injusto en haber dado á luz unas criaturas cuya tendencia natural es la felicidad, sin dar-

las los medios de conseguirla. Y, en efecto, señores: ¿puede haber mayor tormento que desear con ardor y sin intermision lo que jamás hemos de conseguir? ¿Puede haber mayor desesperacion que no encontrar nunca lo que se busca sin cesar? ¡Ah! Yo no sé qué mayor infierno puede tener una criatura que discurre y raciocina, que el saber que fué criada para ser feliz, y el ver que trabajà en vano por alcanzar una dicha que cuanto más es perseguida huye quizás con más velocidad. Y en este caso, la culpabilidad estaria por parte del Criador, siendo la criatura una víctima de la arbitrariedad. Pero ¡oh bondad divina! no habeis criado Vos al hombre para que sea feliz en las riquezas; otras felicidades más puras, más sólidas y más análogas al mismo hombre preparaste Vos desde el principio para esta tu criatura privilegiada. Era esta dicha el amarte á Tí como á bien sumo; mas él se volvió á la materia, y quiso encontrar en sus goces toda su dicha. Nuestra es, pues, la culpa, y para condenarnos no necesitamos apelar al tribunal de la Religion; la razon sola basta para convencernos de que la dicha de un sér tan noble como el nuestro, sér espiritual é inmortal, no puede consistir en cosas tan innobles como la materia, que es por su naturaleza insensible, vil y percedera, é incapaz de asociarse al espíritu para contribuir á su dicha.

Adelantemos un paso más en el asunto. Si la dicha humana está en las riquezas, no sólo argumentaremos contra la injusticia de habernos Dios criado sin medios para ser felices, sino que nos veremos precisados á fulminar un anatema contra las leyes divinas. Desde que confesamos que Dios ha criado al hombre para que sea feliz, y que esta felicidad es la tendencia natural de la criatura, es preciso decir tambien que puede ésta emplear lícitamente cuantos medios estén en su mano para conseguirla. Entre tanto, amados míos, recorred los preceptos del Decálogo; oid aquella voz que truena desde



lo más encumbrado del Sinaí; aquella voz que resuena en el corazón de todos y cada uno de los hombres: «No usurparás, le dice, el bien ajeno, ni aún lo desearás.» ¿Es esta voz la de un tirano, ó lo es de un padre? ¿Es la voz de un legislador justo, ó lo es de un déspota? Hagamos esta pregunta, no sólo á esos hombres que, nacidos en la opulencia, aún no tienen cuanto su corazón desea, cuanto á esos infelices á quienes todo falta; y en verdad, en verdad, si constituimos nuestra dicha en las riquezas, nadie ignora lo que nos responderán. El más rudo, después de haber tomado lo ajeno, podrá interpelar al juez, diciéndole: «Esa voz que me prohíbe tomar lo que no tengo, se contradice á sí misma; pues habiéndome criado para ser feliz, no puede prohibirme los medios con que he de conseguir esta felicidad; yo me veo en la desgracia por no poseer oro ni riquezas, en que pende mi dicha; justo es, pues, que yo las adquiera sin trabajo. Dios me ha criado para que sea feliz, y yo no veo sino mi desdicha en estar regando la tierra con el sudor de mi frente, sin provecho, al paso que veo á otros que sin trabajo ni fatiga gozan de la sustancia de este mundo.»

Después de esto, ¿qué será preciso decir? ¡Ah! Horror causa el pensar en las consecuencias de semejantes doctrinas, que emanan naturalmente del error en que caen los que cimentan la dicha del hombre en los tesoros. Quedan canonizadas las violencias, santificados los robos, anulada la ley divina, acriminada la Providencia, autorizados todos los medios de adquisición, la usura, el fraude, la rapiña, no siendo el acero y el puñal un instrumento aleve, sino un medio de labrar su propia felicidad, conspirando aún con medios reprobados á llenar los designios que el Criador tuviera al criar al hombre.

¡Ah, señores! Preciso es descubrir desde esta eminencia sagrada donde me hallo todas las manchas que tiene el siglo actual por haber adoptado estas doctrinas. Esta-

mos en el siglo del positivismo; hemos hecho grandes adelantos, yo lo confieso, y no puedo ménos de aplaudirlo; pero ¿qué progresos son éstos? No temo ser acusado de calumniador del siglo cuando afirmo que estos adelantos han sido en gran parte en desear tener oro y más oro; riquezas, dinero, placeres; son las tres grandes palancas que sostienen el edificio de lo positivo del siglo. Los grandes han pedido más tesoros que los que sus pingües patrimonios les producían, para poder satisfacer las desmedidas exigencias de un siglo vano, y han tenido que arrojar en los brazos de los usureros. Los traficantes no han encontrado suficiente oro en un comercio lícito, natural y religioso, como Dios lo estableciera en las naciones desde el principio, y han echado mano de la usura, como el medio más apto para alcanzar cuanto deseaban. Los proletarios han suspirado por el oro, y, no teniendo capacidad para ganarlo, se han alistado bajo las banderas de falsas doctrinas, en que se les dijo que no había en el mundo derecho de propiedad, que la tierra era de todos, con otros mil y mil errores que han trastornado al mundo social, y convertido las más populosas ciudades en madrigueras de tigres y leopardos, que mutuamente se devoran. ¿Creeremos acaso que esas escenas horribles de que es testigo este siglo, escenas en que los habitantes de un mismo pueblo se han levantado en masas organizadas para apoderarse de los bienes ajenos, son escenas casuales, originadas de algún acontecimiento inesperado? No ciertamente, no. Paulatinamente y de tiempo atrás se ha ido radicando en la sociedad un lujo desenfrenado, unos gastos los más irracionales; porque hoy día nada es gastar en un solo convite las rentas de un año; este lujo desenfrenado ha ido cundiendo entre las masas; todos quieren aparentar en su traje opulencia, en sus mesas esplendidez, en su comportamiento exterior afluencia de caudales; en una palabra, el oro es el



gran ídolo que adora la humanidad de algun tiempo á esta parte. Semejante conducta fuera chocante á la sana razon; pero una razon fementida, una filosofía engañadora han salido á la palestra, canonizando de lícitos todos los medios de adquirir oro; así esas usuras inauditas que han encontrado guarida hasta en las mujerzuelas de la plebe; así esa fuga del trabajo que se advierte aún en aquellos que, habiendo nacido en cuna de gañan, quieren pasar una vida de príncipes; así esas violencias y rapiñas; así, por fin, esos alzamientos horribles en que nada ha sido respetado, cayendo bajo el acero socialista el sacerdote y el letrado, el sábio y el ignorante, sin distincion, con tal que con la muerte de ellos tuviera oro el asesino y el holgazan.

Concluyamos, pues, que la dicha del hombre no puede consistir en el oro ni en nada de lo que el mundo estima como precioso y exquisito; porque no solamente hemos de decir, con San Bernardo, que el oro no es más que un pedazo de tierra más compacta que la que pisamos, sino que es preciso adelantar más el discurso, y comprender que hay una imposibilidad física de alcanzar la posesion de las riquezas temporales en la mayor parte de los hombres, existiendo además una imposibilidad moral de ser feliz, aún en medio de la más completa adquisicion; imposibilidad que haria desdichados á cuantos existen. Desengañémonos alguna vez, señores, y pensemos con cordura: los mundanos creen que la dicha consiste en nadar entre la abundancia de bienes temporales, y esto es un error; el hombre ha de buscar la dicha dentro de sí mismo, y ¡desgraciado aquél que para ser feliz necesita andar mendigando en los objetos exteriores, que por naturaleza son volubles y defectibles! Está la dicha del hombre en el centro de su propio corazon, y allí sólo es posible encontrarla; porque allí sólo existe el reflejo de aquel sér que por su naturaleza bea-

tifica á cuantos le aman, la imágen de Dios. Voy á desarrollar más este pensamiento.

Para que el hombre sea feliz, preciso es que lo sea por el amor. Sí; para que un objeto nos haga dichosos, preciso es que lo conozcamos, preciso es que lo amemos; mas este amor no puede ser perfecto, ni puede causar nuestra dicha, si no existe entre el amante y el amado alguna semejanza. Entónces hay amor, y siendo éste correspondido, hay amistad; y habiendo amistad perfecta entre dos objetos racionales, hay en uno y otro dicha completa, segun las debidas proporciones. Por eso nosotros amamos á Dios, porque somos su imágen; por eso amamos á los hombres, porque todos tenemos la misma naturaleza; pero no amamos ni podemos amar, ni á los brutos, porque no tenemos con ellos relaciones de similitud, sino muy imperfectas y transitorias, ni mucho ménos aún podemos amar lo insensible y material, porque dista infinitamente de nosotros. ¡Ah! Existiendo el principio de nuestra dicha en nuestro propio corazon, sólo Dios puede hacernos felices, porque sólo Dios puede llenarlo completamente. ¡Qué irracionales son, pues, los hombres que cimentan su dicha en poseer objetos entre los cuales no hay similitud ni puede haber correspondencia! ¡Qué poco aprecian la nobleza de su condicion los que asocian sus sentimientos de amor á objetos corruptibles y negados de racionalidad y sensibilidad!

Elevemos, pues, nuestros pensamientos, y pensemos, con el Sábío, que la sabiduría y el temor divino son preferibles á las riquezas; que á su lado nada son las piedras preciosas, porque todo el oro, en su comparacion, es una arena menuda, y la plata es lodo al lado de esta inestimable riqueza. Al vindicar á la Providencia divina, ultrajada por los hijos del siglo que constituyen su dicha en los tesoros, no es nuestro intento condenar las riquezas ni los medios de adquirirlas, con tal que sean lícitos



y honestos; sólo hemos intentado persuadiros que no fijeis vuestro corazón en unos objetos que no pueden proporcionaros la dicha por que todos suspiramos; las riquezas son el resultado del comercio, de la agricultura, de la industria y de la laboriosidad del hombre, y nadie ignora que todos estos ramos son los medios que instituyó la Providencia para unir con relaciones de amistad recíproca á los pueblos separados por altas cordilleras de montes ó por las aguas del Océano. En consecuencia, las riquezas no son malas por su naturaleza, ántes al contrario, son útiles y provechosas cuando los pueblos las manejan con sensatez y cordura. Ahí está la historia, el Evangelio y las doctrinas de los doctores de la Iglesia. Las riquezas fueron para Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Job, David y otros hombres opulentos, una escala por donde subieron al cielo; nuestros mayores vieran unidas las más heróicas virtudes en hombres que tuvieran tanto oro y quizás más diamantes que Salomon. Los Enriques de Alemania, los Luises de Francia, los Fernandos de Castilla, las Isabeles de Portugal, y otros infinitos que unieran al título de grandes por su sangre y por sus tesoros el nobilísimo de piadosos y de cristianos; mas éstos no constituían su dicha en las riquezas; si por un revés inesperado se hubiesen visto reducidos en un momento á mendigar un pedazo de pan, hubieran dicho todos con la inalterable alegría de Job: *Deus dedit, Deus abstulit; sit nomen Domini benedictum*. Dios me lo dió, Dios me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor; ahí está el Evangelio, que, léjos de condenar las riquezas y el derecho de propiedad, elogia las virtudes de hombres opulentos y nobles como el Centurion, y José de Arimatea, y Nicodemus, y el amo del Cenáculo; ahí está la Escritura entera, enseñándonos á ganar el reino de los cielos y obtener la remision de nuestros pecados por las limosnas; ahí están todos los Padres aconsejándonos que

pongamos nuestros tesoros á réditos, colocándolos en el seno de los pobres, para que nos rinda el mil por uno.

El mismo Evangelio nos dice que las riquezas son una espina cruel, que son un lazo de Satanás, que muchos perecieron por ellas; pero esto es porque abusaron de ellas los hombres y constituyeron en ellas su dicha temporal. Pusieron su felicidad en cosas transitorias, y así perecieron, no consiguiendo, despues de unos goces mundanos y terrestres, sino perdicion é ignominia eternas. Sigamos los consejos del divino Pablo, y no nos acaecerá semejante desgracia, aunque seamos más ricos que Salomon. ¿Qué consejos son éstos? Oidlos: «El tiempo de esta vida es muy corto, dice á los fieles de Corinto; lo que importa es que vivamos sin solicitud por las cosas presentes; los que tienen mujeres, sean como si no las tuvieren; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo.» Quiere San Pablo que los cristianos, considerando la cortedad del tiempo actual y la eternidad venidera, usen de las cosas de este mundo con la moderacion debida, no teniendo apego ni pasión á ninguna de ellas. Quiere que tengamos nuestro corazón tan desprendido de las cosas de la tierra, como si nada hubiese en ella que sea digno de nuestra atención. De este modo las riquezas, no sólo son útiles para la sociedad, sino áun provechosas al que las posee por su sudor y fatiga, ó de buena fé las ha heredado de sus mayores.

Postrémonos en presencia del Señor, y deponiendo toda avaricia y concupiscencia, pidámosle perdon de los muchos ultrajes que hemos hecho á la Bondad infinita por no haberla amado con todo nuestro corazón; arrepintámonos de haber puesto nuestro corazón en los tesoros, y digámosle con David: «Tú, Señor, eres mi riqueza y mi patrimonio en esta vida y en la eterna.» Amen.